

LAS CALLES DE VILLA CRESPO

MARIANO FISZMAN

Eran solo cuadros colgados

no era tango ni era rock

Divididos

Vista de Warnes

al fondo de la tela

donde Warnes

se tuerce

por las vías

cae el sol

señor autopartista

es hora de irse

el fuego incendia vidrieras

sopletea un túnel

amarillo Vermeer

entre las marquesinas

o naranja o rojizo

yo de colores nada

en primer plano la esquina

o espina por lo aguda

de Muñecas

la señora Malamud de Todo

para el carpintero

lustrador y parquetista

y enfrente Horenstein el joven

retrato vivo

le echan llave a la tarde

heredaron comercios
como otros
un pincel un par de aros
de perlas a la altura
de la antigua Monte Egmont
Regatta ahogado
a remolque de la luz

pliega el viejo pintor su caballete
hasta mañana
deja el mundo de buscar

Desequilibrio

Nueve de la mañana de un día de primavera. Levantándose entre edificios, el sol pinta diagonales sobre las calles.

Por la mitad iluminada de la vereda de Acevedo caminan dos monjas todas blancas, desde la punta de los zapatitos abotonados hasta una especie de cofia que vuela.

En sentido contrario, por la mitad oscura, avanzan dos judíos ortodoxos todos negros, desde la punta de las botas hasta la cinta del sombrero aludo.

Las dos parejas se cruzan a la altura de la línea que separa sol y sombra, donde un portero verde ombú, firme como un hito limítrofe, escucha muy concentrado la radio. No se codean, ellas entre ellas ni ellos entre ellos. No explotan de risa, no exclaman, no chocan sus ocho palmas ni levantan los brazos al cielo. Ni siquiera se miran. Apenas, en un golpe de viento, el faldón negro de la levita del judío derecho roza el dobladillo de la capa de la monja izquierda y cada pareja sigue su camino, en apariencia indiferentes pero sin poder disimular, ellos, ahora, la palidez de sus pecheras, y ellas, unos zoquetes abismales.

El portero también parece igual, inmóvil, la vista clavada en el kiosco de enfrente. De pronto una de sus orejas escupe el audífono y él se apura a tapar otra vez el agujero, mira rápido a cada costado y se anuda los brazos.

CAFÉ JR BAR

Izg.

cada día sin falta a las seis

Jesús Rodríguez sopla

su burbuja de luz

hace fluorescer tubos la tele

azulejos y espejos en la negra

cuadra del templo

los primeros zombis traen hambre

de café y clarín vigilantes son

futuros taxistas

jubilados corredores sedentarios

vienen del sueño

a blanquear su oscuridad

acá se reza así:

cara casi paralela a la mesa de fórmica

el show del mundo imprimiéndose

en los ojos y una oreja en el pronóstico

mientras la crisma ve salir el sol

al otro lado del vidrio y el letrero

CAFÉ JR BAR

Der.

trece horas y quince marlboros
más tarde el diario ya no suelta tinta
el último plomero digirió su minuta
las bobes tomaron su té
rasgaron tostados y Jesús
puño de trapo
sigue dando
bayaspirinas agua
resultados de partidos
le ofrecen otra rifa para ir a Israel
saca cortados el re
loj entre cejas la ca
beza en Gijón
la noche tira
su red sobre el boliche y Jesús
abisagra la puerta
pierde siempre el mismo brazo
entre los rombos
pasa su último reflejo
el bar lo absorbe
y apaga

El día más frío del año

para Ani

seis de la mañana en punto
en punto en
.
colectivo 109 por Malabia
radio y asientos raleados
mensajitos
en un samsung de dos lucas
la calle oscura asfalto suave de vacío
hielo roto
por el locutor gritón
un escolar esquimal
dos hasta Jonte y al fondo
cabecean tres beduinos
envueltos en bufandas
como algunas ventanas que se ven

Aguafuerte

es mediodía paran los talleres
de costura laqueado los chapistas
perfumistas y ojaleros
por todo Humboldt y Darwin hasta Warnes
la evolución aprieta
pausa para salir a respirar

-acá no cantan sirenas
las dos agujas mudas
unidas y de pie como
el pueblo de los cuentos
de frente al sol que pica en la vereda
unas migas para bagres

a la sombra del paraíso
en umbrales
aledaños al trabajo desembalan
tapers con fideos fríos
guisos hechos puré tartas de estraza
las chicas un yogur o hunden
la uña del pulgar
en mandarinas medio amargas

el suelo es mesa y cama y

la hora vuela

rompe una moto la siesta una chata

se destartala sobre los adoquines

si llegó a soñar a contraluz

mira a los compañeros

ajustarse los barbijos una mano

pide para despegar

la pared de su cabeza

pisan el pucho y entran

Sombras

Todos los negocios de repuestos para autos bajaron a la vez sus cortinas de chapa acanalada. Cuadras de veredas anchas vacías de gente, solo focos blancos que vienen y focos rojos que se alejan, el aire entibiándose después de un día de mucho calor.

Sobre el asfalto de la avenida, dos largas costuras amarillas. Y brotan los charcos del alumbrado público.

De los tilos cuelgan flores en ramilletes de nueve. Aire dulcísimo, nubes gris claro compactándose hacia el este sobre el único edificio de la cuadra.

En el último taller todavía abierto, abajo del Ford Fairlane masillado, una sombra se estira en distorsión hasta los azulejos blancos entre tableros de herramientas, noticias de la radio olvidada bajito y pósters con tetas.

Explotan los perros atrás de un ciclista con capucha, ladran y le tiran tarascones a los tobillos. Ya dan media vuelta y vuelven a echarse en la vereda.

Los tilos hojalean, siluetas ahora negras sobre fondo azul oscuro.

En el mismo momento en que el mecánico nace de la fosa llevando la lámpara portátil encendida, en el balcón del tercer piso un hombre y una mujer se levantan de sus sillas playeras, alargan cada uno un brazo y brindan.

Moon over the bridge

para Gabi

a pura cumbia sube
la luna el puente Juan
B Justo es una fiesta
con una sola bombita
blanca baila todo el barrio
el mismo disco
gira
siglos
en el aire negro

Barra del San Bernardo

entrando al bar

la barra de cerámicas marrones

se angosta hacia el fondo en perspectiva

luz de tubos

las 24 hs.

el mostrador sostiene

un teléfono público a monedas

la caja registradora un prisma

de vidrio con facturas

bay biscuits empanadas

y abajo calado el rectángulo

blanco del refrigerador

en la pared de espejos

dividida en tres botellas hay

vasos y copas

y en el medio el reloj con cartel luminoso

de la Casa del Café amarillo y rojo

un almanaque

dominós mazos de cartas cubiletes

otro reloj donde las horas son

bolas de pool en un triángulo

perros de diferentes razas

con pinta de hampones del billar

fotos de Atlanta antes de un partido

letreros de rigor advertencias

un poema la lista de precios

de felpa negra y letras

plásticas blancas

tres imágenes rematan ese altar

gardel

un pocillo humeante

y el gaucho guitarrero el payador

de ahí hasta el techo nada cae

flotando un banderín

otras fotos

tres chaquetas bordó tres banquetas

emparchadas las columnas que se pierden

bar adentro

y arriba los giros

m

t

o

o

n

o

o

s

del ventilador

En la ferretería

Sábado a la mañana. El ferretero mira por tele una pelea de la hinchada de Almirante Brown. Entra un vecino con su cachorro y pregunta qué pasa. Les dieron un penal a favor y empezó la goma. Son dos fracciones o facciones de la barra. Los hinchas corren por la tribuna y los jugadores los miran pelear desde el campo de juego, con las manos en la cintura y la cabeza levantada, igual que ellos dos parados frente al televisor. En la pantalla y más allá de la vidriera brilla un sol espectacular. El ferretero da la vuelta al mostrador, acaricia al cachorro y le juega. Es una hembra, dice el vecino. Los lame, se les quiere trepar a las piernas y les muerde las manos para que la acaricien. El ferretero pregunta cuánto tiempo tiene, hacen cálculos de qué tamaño va a alcanzar, le hablan con palabras dulces deformes como abuelos babosos. Cuando vuelven a levantar la cabeza, los bomberos están manguereando a los hinchas, que se tiran contra el alambrado. A estos hay que encerrarlos a todos en un galpón, rociarlos con nafta y prenderles fuego, dice el ferretero. Mejor con cal viva, dice el vecino, que sufran más.

Porros de la calle

Sale pensando en pedirle de fumar al primer vago que vea por la vía.

A esa altura del barrio, la vía y las calles que la cruzan son el esqueleto de pescado que un gato arrastra entre los dientes. El gato, negro y huesudo, mira para todos lados y apura su espinazo entre los escombros.

Del día de trabajo queda ese silencio tajeado por trenes.

Las calles respiran resaca de siesta por los ojitos de las persianas.

Gatos o no, ahí todos son un poco furtivos y con hambre. Los pintores pintados, los albañiles con el pelo brillante a baldazos, los motoqueros, los que salen del colegio, los que tendrían que estar en el colegio y los que ya abandonaron. El sol, siguiendo la línea de las vías entre edificios, también mira de reojo y se esconde.

Reconocimiento rápido. Toses, olas de aire dulce, la brasa en su cueva, miradas a la esquina por donde puede venir el sobresalto. Pero lo único que viene son mosquitos y por la vereda de enfrente algún perro paseando a su dueño. El dueño los mira cuando no lo ven y vuelve a bajar la vista.

La punta del papel se va ablandando con salivas.

Los rieles se encienden como neón y entre las piedras guiñan puntas de tesoros.

Las risas tapan las campanadas, un tren de pasajeros con brazos y piernas saliendo por las ventanillas pasa de repente más cerca, como si alguien hubiera corrido los rieles. Se encogen y se ríen más fuerte. Espejismos compartidos.

Del este vienen trenes de oficinistas gastados, otros llevan al este familias con sus carros. Es el punto cardinal del esfuerzo.

La rueda se renueva, sigue girando, humeando, ahora mojan la boca de botellas de cerveza. Llegan tipos que se abren la camisa para que sus tatuajes profesionales por fin respiren y otros en cuero, gorra con visera y tatuajes carcelarios.

Es hora de guardarse, como el sol. Choca la mano con toda la ronda y se va por la vereda muy erguido, meneando la cabeza, otro arbolito de esa cuadra cuando los mueve el viento.

Dos mujeres

Luis Viale esquina Rojas

mujer de cara quemada

el aire es hielo alrededor

pasillo largo

mujer se aleja de espaldas

pollera a rombos hasta su única rodilla

Por la calle Casafoust

por la calle Casafoust

o Paysandú

límite con La Paternal

los hombres ponen cajones

en la vereda del chino

y se sientan con tiempo

a cervecar

a medida que oscurece

el calor cae los hombres cada tanto

traen otra fresca llena

desaguan en la zanja

contra un rastrojo o el tronco

del paraíso en flor

brillan brasas abajo y arriba

sube la luna hacia la noche

entre hilos de charla puntual

Hui Huang toca el gong

y en fila entran

los cajones tambaleantes

cierra el ojo de la cuadra

la boca del hotel espera

Los baños del San Bernardo

para Lucas

Lucas

hijo

mirá

nosotros en risa decimos

los baños del bar San Bernardo

son uno de Los Siete Adefesios del Mundo

hay que entrar con escafandra

esos grafitis

All Boys corriste

Vanina tragaleche y su teléfono encima

de los cinco mingitorios sarcófago nave

huellas del yeti en el retrete

y una canilla sola

estrangulada con alambre

que igual gotea

ocre sobre loza pálida

bajo un cielo de hongos a lo Pollock

Lucas vos te reís

pero ahí

entre viejos judíos prostáticos siempre gritando por un dominó

y sus nietos con acné de reajo en el espejo rajado

enanos japoneses

paraguayos extra large

tuertos del pucho

tipos que pierden el pelo y el peine

putos de ojeras jopo negro como cuervos

nauseosos náufragos insomnes

naftalina y Fluido Manchester

ahí

más que en San Marcos Sierra o en el Tíbet

te puede fulminar una iluminación

en la calle Cucha Cucha

dos locales gemelos gomería

las veinticuatro horas

iglesia Jesús luz del siglo

El veinticinco

En las baldosas quedan pellejos chamuscados de los petardos de anoche.

A la hora que termina la siesta vuelven a oírse explosiones y la gente sale a la vereda.

Hacen umbral, esa escalinata que separa el zaguán del agua cuando se inunda.

Algunos sacan sillas y otros directamente la mesa. Se sirve pomelo, sidra y cerveza, garrapiñadas, pan dulce, lechón frío.

Casi no pasan autos, sí bicis y patinetas flamantes.

Hay chicas con celulares y madres con celulitis, escotes, calor, cumbia.

En los talleres vacíos vagan perros entre las máquinas de planchar o se asoman a las fosas.

Las ventanas se abren todas, el aire es el gran regalo.

Baja la espuma de las emociones, la noche.

Los mellizos

treinta de octubre nacieron los Soriano
de mil nueve ochenta y tres último año
que Atlanta ascendió a la A

hicieron inferiores
en General Paz Juniors juntos
como cuando crecían adentro
de esa pelota que la madre se robó

en dos mil cuatro Alfredo Abel fue transferido
a Newell's Old Boys de Laguna Larga Córdoba

Carlos Andrés se quedó solo en General

Paz Juniors vino a Atlanta

fue el goleador del equipo

Belgrano lo compró

y a Atlanta vino Alfredo Abel

fue el goleador del equipo

Belgrano lo compró -no comparten

ningún partido oficial

a Andrés lo venden a Ecuador

a Deportivo Cuenca a Espoli Abel

volvió a General Paz Juniors solo

jugó en Luján

de Cuyo en Racing

de Córdoba y bajó
a Buenos Aires a Social Español

Andrés volvió a Belgrano
volvió a Atlanta
fue el goleador del equipo
-tres veces hace tres goles es figura
y en dos mil diez el club compra a su hermano
para que jueguen juntos
vuelva a ser
treinta de octubre y lo festejen con un
GOL
dos muñequitos de torta
prendida fuego la cabeza hasta los hombros

Tratado del paisaje

lo que se ve es
la cuadra de Camargo
que empieza en Gurruchaga con
un fresno ficus un
sauce -ojo cero
vegetal el paisaje:
en cada esquina un negocio
inmobiliaria ex coiffeur ex librería
y lotería y quiniela paréntesis
que encierran y realzan
la cúpula del templo
sefaradí rodeado por
la baja nobleza del bar
de Jesús el geriátrico dos
edificios de los cuarenta rectos
mármol oscuro
dos del final
de los setenta
años hace que paso y siempre
Lin relojea
desde su caja china
a través del portón
del súper paso
con bolsas desde hacia

algún lugar la tarde es de sol
yéndose por las ramas
seguro vengo
de lo de Chango
por la forma que toma
la bolsa blanca
y lo negro de la nerca al trasluz
siempre el mismo
camino
como hormiga por su senda entre dos
colectivos dos canteros
de hormigón la garita
hombres de negro
traje y handy yo en ojotas
Lin ve todo
apaisado el semáforo el último
fresno antes de Serrano su cartel
pica y pica bajada de cordón
el recuadro
de tierra y mierdas de perro
donde nace el tronco gris
ve que levanto
una pilita de libros
viejos como el que daba
vueltas manzana
por esa cuadra con su bolsa

y adentro un despertador

de timbre y agujas

ese no da más vueltas

las hojas

van cayendo

y queda uno sin tapa

TRAITÉ DU PAYSAGE

Paris 1948 y la inscripción

par: André Lotbe

en fibra negra

que trasluce el papel

cuando lo abro

El primero

En la vida nueva hay nubes y cuarenta de sensación térmica.

La calle es un chupetín chupado, los autos resbalan entre veredas iguales de huecas.

Pasa un chicano en busca de su pandilla, pasan aspirantes a raperos, pasa un familión ario, pasa Freud con su salchicha.

Muñecas, Murillo, Muñecas, Martínez Rosas: debe haber un patrón para los nombres de estas calles ahogadas. Tenemos todo el tiempo por delante.

Viene tormenta, parece.

Índice

vista de wames

desequilibrio

CAFÉ JR BAR

el día más frío del año

aguafuerte

sombras

moon over the bridge

barra del bar San Bernardo

en la ferretería

porros de la calle

dos mujeres

por la calle casafoust

los baños del San Bernardo

cucha cucha

el veinticinco

los mellizos

tratado del paisaje

el primero